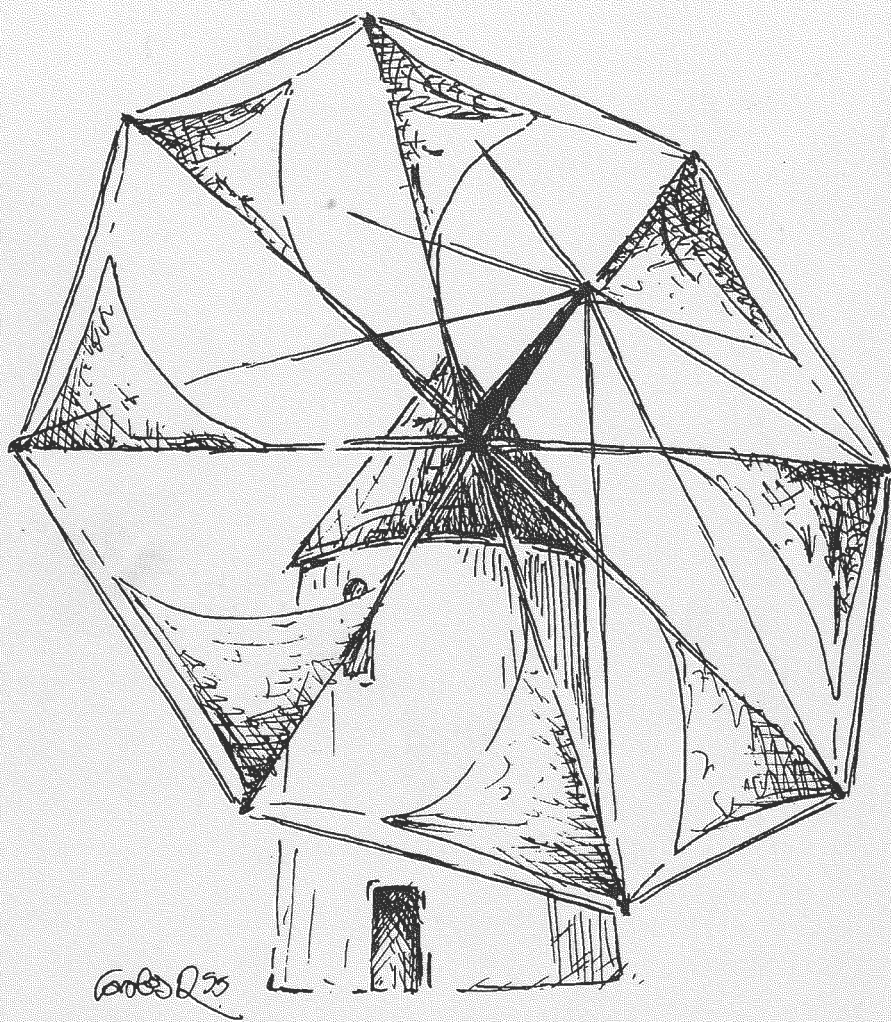




HÉLICE

PUBLICACIÓN DE POESÍA Y NARRATIVA

HÉLICE. N° 3 Noviembre 1995
PUBLICACIÓN DE POESÍA Y NARRATIVA

en este n° han colaborado

Mª Ángeles Vázquez

F. Javier Monroy

José Manuel García

Miguel Gasca

Carlos Romero

Rafael Barrios

Isa Castellano

Pepa Caro

diseño e ilustraciones

Carlos Romero

HÉLICE. c/ Tras los Molinos 24 A
11630 Arcos de la Frontera

Bienvenidos a la dimensión desconocida. Con este número queremos presentar esta nueva sección en la que intentaremos explicar, puntualizar o comentar nuestra obra.

Para comenzar he escogido unos versitos, pertenecientes a un poemario, malogrado por el momento, sobre Arcos, que se me habían quedado huérfanos. El poema es una instantánea cifrada metafóricamente que al ser revelada por el lector y unida a las demás formaría una panorámica, no necesariamente paisajística sino también emocional, sobre el pueblo. Este planteamiento es devoto de otro: Miguel Hernández, en "Perito en Lunas" , utiliza magistralmente estos poemas- adivinanza que entroncan con toda nuestra tradición clásica.

Este poema capta un momento de la procesión de la Virgen de la Soledad. Cada Semana Santa me reservo un momento para ver pasar esta procesión por la Plaza Boticas que me produce una mezcla de sensaciones : por una parte estéticas, ya que el paso y la procesión son muy bellos, así como la destreza de los costaleros conduciendo a la Virgen; pero también una sensación de extrañamiento; teniendo en cuenta de que no soy cristiano el hecho, despojado de su valor religioso, resulta fútil y extenuante. Todo esto aparece en el poema tamizado, espero que así lo comprendan, por un sincero respeto.

Pero, ¿cómo se llega a entender un paso y la entelequia que lo acompaña en ese caos verbal? Fácilmente si se sabe que el poema está construido en base a ciertos símbolos : la luna es, en la iconografía cristiana, símbolo de la Virgen; sus hijos los costaleros y penitentes que pasean a la Virgen por minas, que son las angostas calles de Arcos. En el tercero intento reflejar la pasión de la Virgen y el respeto que me infunde la escena, más concretamente en las palabras «silencio» y «desgarrándose».

Esperando no haberles aburrido se despide

Miguel Gasca.

7. grita caminante.

(M^a Ángeles Vázquez)

8. a pesar de la bruma...

(F. Javier Monroy)

9. de las viudas que nacen...

(José Manuel García)

10. la luna se quiere ir...

(Miguel Gasca)

11. tortugas, tortugas...

(Carlos Romero)

14. quizás un cuadro amoroso.

(Rafael Barrios)

16. debieras seguir el ritmo de la vida...

(Isa Castellano)

21. a veces pienso que nuestra historia...

22. a diario te engañas...

(Pepa Caro)

○





grita caminante.

*Ya desalenté mis lejanos pies de sostenerme
con el impuesto paso firme;
quiero despegarme del frío asfalto,
del subrayado camino
que pronuncia los silentes gritos de quienes lo*

hicieron,

*borrando éstos el olvido, el desvío...
permitidme, si no es mucho pedir,
que abra sendas donde no las hay
sin que nadie tenga que seguirme,
dejadme pisar la hermana de mi cuerpo
palpando la tierra de la que estoy hecha...
destruid las duras vías de las masas
y dirigid el vuelo hacia otros horizontes
donde sólo se muestran surcos por las lluvias,
descubrid los vírgenes pasos
que esperan ser hundidos por nuestra sentencia...*

M^a Ángeles Vázquez.

A pesar de la bruma, muy a pesar
de lo oscuro que realza la luz que rezuma,
iba así yo, campanario en re, dejado
y sin quererme dejar por el toque de tu garganta.
Iba así yo –decía–,
y tal vez mi calle la espalda me daba
porque vivo sin ti, y tú me haces falta.
Y tal vez tu espalda no era el camino,
dehesa, campiña, ribera, la falda
del monte serrano, para mí y por siempre.
E ibas así tú, a mi lado
y lejana, cual canario que muda
y que en la noche desnuda, con cuidado, me canta.

F. Javier Monroy.

*De las viudas que nacen,
De los infieles que se arrastran por el suelo,
De la madera y su tiempo,
De la continuación, de lo que dicen las líneas,
Y de lo falso del color.*

Hasta que el cuadro vomita.

*De lo delicado y sutil, y de tus manos que flotan,
De lo que existe y es. Y de esta uva en la tierra.
Del hábitat y soledad de la silla,
De tus ojos que revisan la garganta,
Y de cinco espejos que viven en mi alma.*

¡ Qué ruido tan grande de cristales comiendo !.

*De silencios que matan, de cuerpos fugaces
Que afinan la puntería, de una guitarra pequeña
De la luz entre la hierba, de un acero virgen
Y una guadaña compañera, de espartos mojados,
y del pequeño mal de las hormigas.*

José Manuel García.

*La luna se quiere ir
de paseo por los rios
tozudos y serios sus hijos
por minas, la quieren lucir,
de plata y sudor el camino.*

*Observa en silencio
por ahí viene la luna
desgarrándose el vestido.*

Miguel Gasca.

tortugas, tortugas...

Desde que tenía conciencia, Juan veía todos los veranos las idas y venidas de las tortugas de mar. Cuando llegaban por fin las vacaciones, las pasaba junto a una pequeña casa cerca de la playa. Allí pasaban los meses de Julio y Agosto en defensa del sofocante calor veraniego. No recordaba cual fue la primera vez que las vio pues era tan habitual que no le suponía sorpresa alguna, sentía gran admiración por aquellos seres, tan tranquilos y pacíficos que parecía no importarles nada de lo que les rodeara. La cala era muy pequeña, podía cruzarse en una carrerita de lado a lado, no tenía apenas arena, sólo rocas y pequeñas piedrecitas negras. A Juan esto le relajaba, todos los atardeceres daba sus paseos por la orilla hasta que la marea bajaba, entonces se sentaba en una roca que sobresalía y permanecía inmóvil esperando la salida de las tortugas. Ocurría siempre, al anochecer aparecían las pequeñas cabezas sobre el agua hasta llegar a la orilla. Muy lentamente iban saliendo, una tras otra arrastraban sus pesados caparazones hasta las pequeñas piedras.

La casa de Juan no quedaba lejos, un pequeño camino de tierra negra unía la parcela con la playa. Aquello estaba aislado de todo, no llegaban turistas ni tan solo los curiosos que por fortuna aparecen en todos los rincones. No aparecía ni en los mapas, pero a Juan eso poco le importaba. «No lo sé, a cualquier sitio» decía a sus amigos cuando a principio de verano salía de vacaciones. Para llegar, el coche, un antiguo «dos caballos», se las veía y deseaba para poder cruzar campo a través

unas tierras semidesiertas. La choza, como la llamaban sus padres, no era gran cosa, lejos quedaban los típicos chalets con su césped y las palmeritas, no tenía casi ni muebles. La despensa dejaba bastante que desear, pero tenía su gracia, los visillos de crochet caían por delante de las estanterías, las cajas viejas de metal guardaban las especias de las salsas. Un gran bote de sal, imprescindible para el pescado acaparaba toda la atención del mueble, era el símbolo de la comida veraniega. Pescado, pescado y pescado, ese era el menú diario. La madre solía inventarse recetas nuevas todos los veranos, el pastel era lo que menos le gustaba. Dos grandes bidones de agua y la mesa grande rompían la monotonía de las paredes blancas en la cocina. Unos cuantos troncos servían de sillas, el grande para su padre dado el peso de éste. Nunca paraba de comer, el pescado era su manjar preferido y de ahí su afición a la comida. A Juan se le fue quedando pequeño el tronco con el paso de los años para desgracia del pobre coche, que tuvo que transportar uno más grande junto con los grandes bidones que habitualmente se rellenaban en un pozo a unos cuantos y tortuosos kilómetros. Todo olía a humedad, las viejas camas parecían estar siempre mojadas. Los mosquitos se peleaban cada noche haciendo insoportables las horas de lectura a la luz de las velas. Los libros eran devorados día y noche por Juan en una carrera insaciable de lecturas. No tenía preferencia alguna aunque los de literatura contemporánea abundaban con respecto a los otros. Novelas, teatro, ensayos y sobre todo sus tortugas comprendían la vida de Juan. Solía levantarse hacia las diez, cuando el sol ya llevaba tiempo derritiendo las paredes de su habitación. Recogía la cera de las velas y se daba un baño en la cala, era todo casi automático, todas las mañanas igual.

Cuando iba a llegar la noche, daba largos paseos por la playa, caminaba lentamente, siempre con la mirada fija en el mar, esperando a que las pequeñas tortugas asomaran sus cabezas. Entonces era cuando Juan se sentaba en la roca y observaba el lento pesar de los pequeños galápagos. Nunca supo el porqué de aquellas idas y venidas, pero no le importaba, permanecía horas y horas sentado, sin pensar en nada, sin ser molestado. Aquellos bichitos, como decía su madre, se paraban al llegar al final de las piedras, miraban a Juan como si le estuviesen hablando y al cabo de unos minutos emprendían con su pasmosa pesadez el regreso al agua.

Así ocurrió años y años, el «dos caballos» dejó de funcionar y sirvió de nido para las aves, Juan se hizo cada vez más mayor pero las pequeñas tortugas nunca cambiaron. Sólo se rompió la armonía un Lunes por la noche. Juan, como de costumbre, vio la ida de las tortugas pero en su regreso, cuando ellas le miraban comprendió el significado de tantos años.

Y como si de un cuento se tratara aquel hombre se levantó de su roca y con lento pesar se fue adentrando en el mar, en una playa de cualquier sitio, un lugar aislado de todo, donde no llegaban turistas ni tan solo los curiosos que por fortuna aparecen en todos los rincones. Un lugar que no aparecía ni en los mapas...

Carlos Romero.

quizás un cuadro amoroso.

(Naturaleza viva)

*Magnética
en su melancolía
de anocheceres enfermizos
e infantiles, desde febriles
sueños
de un estío
apenas bosquejado,
surge en luz propia,
deviene
en transparente decoloración
y crea
su acuarela prestada al aire,
y una postal – blanco y negro –
que nunca la abandona.*

*Languidece...
lo sé por su sonrisa tranquila,
nocturna y mate
que destaca en su semiótica
– sus ojos dicen tristeza –
por ambigua...*

*Dos pupilas
de oscuro planetario
la buscan en la umbría del bar.*

Rafael Barrios.

***D**ebieras seguir el ritmo de la vida
el pausado son marcado por agujas de hielo.
Debieras sentir el húmedo murmullo de la historia
al atravesar tus ojos de acero.*

*Te gusta el calor y mirar trenes.
En algún lugar te tomaste el tiempo necesario
para escribir y crear
mientras te esforzabas inútilmente
por no parecer demasiado débil.*

*Te gusta el silencio y la espuma del mar.
Descubriste, tal vez pronto,
a un dios tirano y verdadero
que no sucumbió al lamento de tu cordura.*

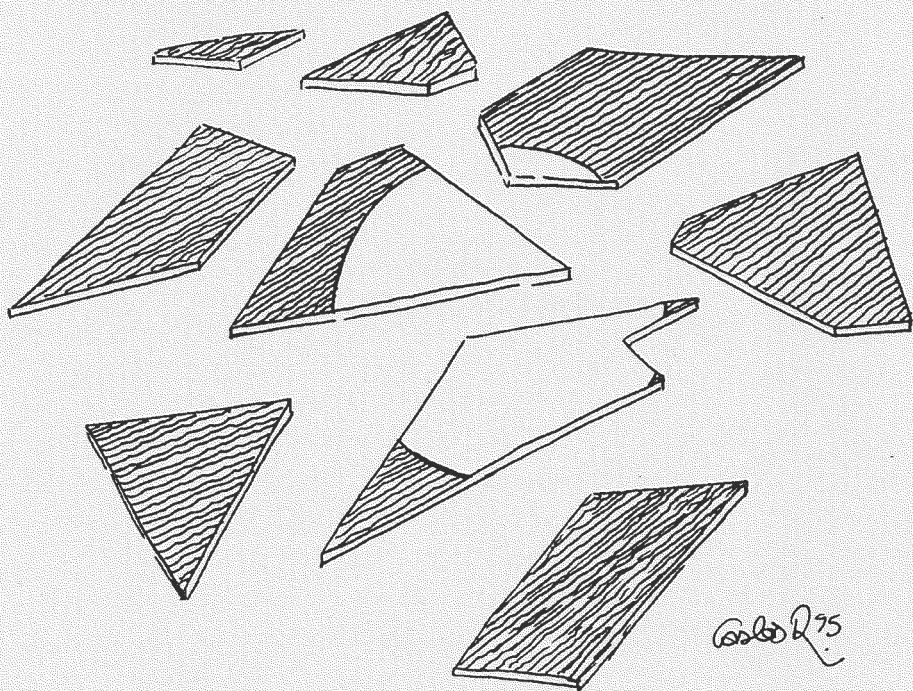
*Te gusta la luz y andar descalzo sobre la yerba.
Te gusta respirar fuego y comer de la ceniza enterrada.*

*El sutil oficio de la locura quedó velado
por paños rojos, lienzos de sangre.
Y fuiste el elegido de carnes abiertas
y de muslos cerrados, inocentes.*

*Ocultado amargamente en el eco del sonido
esperas con desconfianza
la total embriaguez que te hará refulgir de nuevo.
Creciendo viejo, exhausto de dolores
permite a la mujer atravesar tu fuego y tu escarcha.*

Isa Castellano.

*Nuestro agradecimiento
para Pepa Caro por su
colaboración en este número tres.*





*A veces pienso que nuestra historia
puede romperse como un cristal
en mil pedazos
y aunque lo porvenir
no asoma al calendario
ni hay tiempo para asombrarnos
con la luna, amigo
gocemos de este amor hondamente
apaguemos sin miedo
el mundo esta noche*

A diario te engañas
en cada monólogo,
con tal descaro, sin penitencia.
No cuentas con muchas opciones
para elegir
tu credo
y le gritas al tiempo
que aparte su cáliz impetuoso,
para acoger la bondad del instante.
Vivir es una asignatura irrepetible
y amar no es compartir cordura,
por eso llenas tu presente
con sombras de inquietud,
con espacios insobornables.
Tan otras son las salves
que incendian esta mano
a la altura del papel,
que es necesario seguir naciendo
enlazándose al labio
de un viento que nos lleva.

Pepa Caro.

Agradecemos al Excmo. Ayuntamiento de Arcos de la Frontera y a Pedro Sevilla su colaboración para que este número tres haya podido ver la luz.

.3.

100 ptas.